

oracion. Le sacaron de aquella casa, le consagraron, y gobernó veinte y tres años la iglesia de Fiesoli, llevando las virtudes episcopales al grado de perfeccion de que es presagio casi infalible la renuncia del obispado. Fué admirable especialmente su caridad para con los pobres. Despues del mas maduro examen de sus virtudes y milagros, fué canonizado por el Papa Urbano VIII.

Un año despues que el santo obispo de Fiesoli murió Petrarca, de quien solo el ser contemporáneo de Andrés nos precisa á hablar de él al lado de un siervo de Dios (1). La frivolidad de su carácter y de sus ocupaciones le haria muy indiferente á los escritores eclesiásticos, si su misma ligereza no hubiera suministrado algunas armas á los enemigos de la Iglesia. ¿Pero con qué fundamento y con qué ventaja pueden presentarle como uno de sus precursores? Petrarca, célebre por sus apasionadas poesías, por la sal y la hiel de sus sátiras, por la mezcla extravagante de la galantería y del libertinage con la cualidad de canónigo y de arcediano, no tuvo jamás la solidez de espíritu ni la gravedad conveniente para meterse á reformador. Panegirista ocioso de la virtud, y manchado con los vicios que no cesaba de reprender en los Pontífices y en los demas prelados romanos, no pueden mirarle los hombres sensatos mas que como un declamador sin autoridad. ¿Podia manifestar mejor su poco acierto y el desorden de sus ideas, que preconizando al extravagante y sedicioso Rienzi como restaurador de la libertad romana, é igualándole con los Brutos, con los Camilos y con los mayores héroes de la antigua Roma? ¿No se desacredita cualquiera que, fundado en el voto de este autor, pretenda que la Iglesia romana es la nueva Babilonia ó la ramera

(1) *Vil. Petrarca. per Squarr.*

de que habla el Apocalipsis (1)? Y aun los que esto hicieran no estarian de acuerdo con Petrarca. Es verdad que este vomita las injurias mas atroces y los sarcasmos mas sangrientos contra la corte de Aviñon; pero al mismo tiempo profesa invariablemente la fé de la Silla de Pedro, y reconoce del modo mas solemne la autoridad de sus sucesores. Así refutó anticipadamente á los sectarios inconsiderados que si presentaron sus cartas latinas como documentos graves y de primer orden fué para apoyarse en este testimonio de tan poca importancia.

En la creencia y en las prácticas religiosas se mostró siempre contrario á los novadores que en su tiempo llamaron la atencion y solicitud de la Silla apostólica. Tales fueron en el pais de Tolosa los hereges que quedaban todavía de la secta de los albigenses; los waldenses y los pobres de Leon en el Delfinado y en las provincias inmediatas (2); y los begardos, llamados turlupinos, en Flandes y en otros muchos parages del reino. Este nombre de turlupinos se daba seriamente á una especie de maniqueos, que con el pretexto de que la naturaleza es obra de Dios tenian por principio que no debíamos avergonzarnos de ninguna cosa que sea natural. De consiguiente, despreciaban las leyes del pudor, como si fuesen irracionales, y se abandonaban á las acciones mas vergonzosas cuando podian hacerlo impunemente. El Papa escribió al rey Carlos V en los términos mas enérgicos para que contuviese los progresos de aquella secta infame (3). Se usó de rigor contra semejante trastorno del orden y de la honestidad pública. Se quemaron sus libros en París, en el mercado de los cerdos, fuera

(1) *Mister. de iniq. p. 440.*

(2) *Gaguin. lib. 9.*

(3) *Rain. ann. 1372, num. 19 et 20.*

de la puerta de San Honorato. Se prendió á los principales autores de una doctrina tan perjudicial, que eran una muger llamada Juana de Aubenton, y un hombre de quien no sabemos como se llamaba. La muger fué quemada viva, y habiendo muerto en la prision su cómplice, se guardó su cadáver hasta que se diese la sentencia, y despues fué tambien arrojado en una hoguera. Esta severidad contuvo la impudencia de los sectarios, pero sin extinguir la secta, puesto que muchos años despues seguian los turlupinos esparciendo sus errores en cualquier parte donde podian prometerse la impunidad.

Por lo que hace á los hereges del Delfinado, patarenos, pobres de Lyon ó waldenses, ya fuese porque se opusiesen menos al orden público, ó por su distancia de la corte, se los persiguió con menos vigor, lo que aumentó considerablemente su número en aquella provincia y estendió el contagio por los paises circunvecinos (1). El Papa se quejó al rey de que sus ministros, lejos de sostener, como debian, á los inquisidores, ponian todos los dias nuevos obstáculos á las funciones de su cargo. Les señalaban (segun decia el Pontífice) lugares poco seguros para proceder contra los sectarios, no les permitian formar ninguna causa sin la intervencion del juez secular, ó los obligaban á que les exhibiesen sus procedimientos: ponian en libertad á los que de orden de los inquisidores estaban presos por sospechosos ó convictos de heregía, y no querian prestar el juramento de limpiar de hereges el pais, aunque lo disponia así el derecho que se observaba entonces. Estas restricciones que se ponian al ejercicio de la Inquisicion, dan á entender que este tribunal, establecido en Francia como unos cien años antes por el Papa Alejan-

(1) *Gerson. t. 1, pag. 19.*

dro IV en el reinado de San Luis, empezaba ya á disgustar á los franceses.

El rey Carlos V, ó el Sábio, llevó las cosas todavía mas lejos, pues desde el principio del pontificado de Gregorio XI quitó á los eclesiásticos el conocimiento de las causas puramente civiles, tales como la venta de las tierras, las herencias, los tanteos ó retratos, y otras cosas semejantes (1). Por mas que sean indubitables los limites entre la jurisdiccion eclesiástica y la temporal, no hay cosa mas fácil que equivocarse en estas materias; y todos los dias se suscitaban una infinidad de debates y competencias entre las dos potestades, y el rey estaba empeñado en cortarlas de todo punto. Temió el Papa las consecuencias que de aquí podian resultar, y trató de impedir que llegasen á verificarse; pero el sábio y religioso monarca creyó que servia á la Iglesia y que facilitaba al clero el cumplimiento de las obligaciones propias de su vocacion, libertándole de unos cuidados que le eran extraños; pero de los cuales habia tenido que encargarse antes, cuando la instruccion estaba casi limitada á él, y por consiguiente cuando solo él podia estudiar y aplicar las leyes. Las reformas en estas cosas solo son peligrosas, á pesar de su gran delicadeza, cuando se carece de la atencion necesaria para conocer los verdaderos limites, ó mas bien cuando falta la rectitud que se requiere para contenerse en ellos.

Por lo que hace á la Inquisicion, encontraba ya oposicion no solo en Francia, sino tambien en algunos Estados de Italia (2). Habiendo hecho preader por causa de heregía á algunas personas opulentas el inquisidor de Venecia Miguel Pisani, del orden de los frailes menores, los ministros del dux Juan Gradenigo arrestaron á los del inquisi-

(1) *Fantani. t. 4, p. 941.*

(2) *Vading. ann. 1376, num. 12 et seq.*

dor, pretendieron que estos al prender á los hereges les habian robado algunas alhajas, y les dieron tormento. El Papa escribió al dux sobre esta ocurrencia, pero mas bien en tono de quien suplica y solicita, que de quien amenaza y manda: se estableció una negociacion, sobrevinieron grandes dilaciones, murió entretanto el dux Gradenigo, y se concluyó el asunto por via de transaccion en tiempo de su sucesor Juan Delfino. En Susa, ciudad del Piamonte, fué asesinado un inquisidor en el convento de dominicos el dia de la Candelaria del año 1375. Otro inquisidor de la misma orden fué muerto públicamente delante de la iglesia en una parroquia de la diócesis de Turin, donde estaba encargado de perseguir á los hereges, en el dia de la octava de Pascua despues de haber dicho misa.

El espíritu de secta y novedad iba haciendo progresos hasta en lo interior del Norte. Un canónigo de Praga, llamado Millezi, despues de haber sembrado el error en su patria, pasó con el mismo objeto á Gnesne, ciudad de Polonia, donde acreditó su perniciosa doctrina con una piedad aparente. Fué grande el escándalo, pues llegó á noticia del Papa Gregorio, el cual escribió á los arzobispos de Gnesne y de Praga, á los obispos de Breslau, de Litomissels y de Olmutz, y por último al emperador Carlos, que como rey de Bohemia era soberano natural del canónigo.

La Polonia experimentaba al mismo tiempo otro género de turbulencias; veíase agitada por la faccion de un príncipe inconstante que, despues de haber renunciado las grandezas del siglo por abrazar la vida monástica, quiso ser sucesor del rey Casimiro el Grande, el cual murió en el año 1370 (1). Llamábase Ladislao el Blanco, era primo

(1) Dlugos, lib. 10, pag. 20 et seq.; Pistor Nidan. tom. 2. lib. 4, cap. 30.

hermano de Casimiro, y descendía, como este, de la augusta casa de los Piasts, que cesaba de reinar en Polonia por el advenimiento de un príncipe extranjero á esta corona, á saber, Luis, rey de Hungría, de la casa de Francia y sobrino del último rey de Polonia por linea femenina. La mayor parte de la nacion polaca obedecía á Luis; pero algunos grandes pensaron en sacar á Ladislao del monasterio de San Benigno de Dijon, á donde habia pasado desde el Cister que fué el primer lugar de su retiro. Fueron á buscarle, y brilló la diadema en su presencia: terrible tentación para aquel solitario inconstante. Aceptó la oferta, fué á pedir la dispensa al Papa Gregorio, y aunque se la negó por dos veces, no dejó de continuar en su empeño. Luego que llegó á Polonia, juntó tropas, se apoderó al principio de algunas plazas fuertes, pero despues fué derrotado y acabaron con su partido los generales del rey de Hungría. Hizo un convenio con su vencedor, mediante una suma de dinero y una abadía considerable que le dió el rey Luis. En seguida volvió á San Benigno de Dijon, á donde parece que le llevó su inestabilidad natural mas bien que el arrepentimiento, supuesto que solicitó de nuevo la dispensa en el pontificado de Clemente VII. Este hábil antipapa no malogró una ocasion tan favorable para substraer á la Polonia de la obediencia de su competidor Urbano VI; pero la segunda tentativa de Ladislao no fué mas feliz que la primera. Volvió, pues, otra vez á Dijon y murió en Strasburgo, dejando dispuesto que se trasladasen sus cenizas á San Benigno, donde hasta hace poco se veia todavia su epitafio grabado en su sepulcro, en el que estaba representado el mismo Ladislao con los vanos símbolos de la dignidad Real, que habia buscado durante tanto tiempo sin ningun fruto.

En el año 1375 publicó Gregorio XI

una constitucion con fecha 29 de mayo á fin de obligar á los prelados á la residencia que no habia cesado de recomendarles desde que ocupaba la Cátedra de San Pedro. En ella se manda á todos los patriarcas, á los arzobispos, obispos, abades y demas superiores monásticos, que se restituyan á sus iglesias ó monasterios en el término de dos meses, y que fijen allí su residencia, exceptuando de esta ley á los cuatro patriarcas titulares de las iglesias de Oriente, á los cardenales, á los legados, á los nuncios y á los demas empleados de la corte romana. Encontrando despues Gregorio á un obispo extranjero que permanecía todavía en Aviñon: «¿qué haceis aqui, le dijo? ¿Por qué no vais á la iglesia que debéis amar como esposa vuestra?»—«Y vos, Padre Santo, respondió el obispo con libertad, por qué no os vais con vuestra esposa, infinitamente mas agraciada y mas ilustre que la mia (1)?» La libertad de esta réplica sirvió para confirmar á Gregorio en la resolucion sincera que mucho tiempo antes habia tomado de dar fin á la especie de viudez que padecia la Iglesia romana. Ya estaba determinado el viaje para el mes de setiembre del año 1375; pero el deseo de conciliar á los reyes de Francia é Inglaterra, consideracion tan deslumbradora para sus predecesores, le obligó á diferirle hasta el año siguiente.

En este intervalo hizo una promocion de nueve cardenales en 20 de diciembre, en la que hubo siete franceses, un solo italiano y un español (2). A últimos del mes de agosto de 1376 recibió Gregorio una embajada en nombre de los romanos, la que decidió fácilmente su viaje. Habia perdido ya la esperanza de conseguir la reconciliacion que habia sido causa de

que le retrasase, y por otra parte Lucas Savelli, que era el presidente de la embajada, le declaró sin rodeos que los romanos querian absolutamente tener al Papa consigo; que Gregorio era el romano Pontífice; que todos los fieles le llamaban así, y que si no volvía á su Silla natural, estaba determinada la ciudad de Roma á elegir un Papa que no la abandonase. Además de esto, el cardenal de San Pedro, legado de Italia, le escribió que, si no se apresuraba á volver, resultaria infaliblemente un grande escándalo. En efecto, se supo que los romanos habian puesto ya los ojos en el abad de Monte-Casino para hacerle Antipapa y que él habia aceptado sus proposiciones.

Resolvióse el Papa á marcharse, y lo participó á los cardenales, quienes parecieron afligirse en extremo con esta noticia, y no fué menos sensible al rey Carlos V que conocía las ventajas que lograba con tener al Sumo Pontífice dentro de su reino. Dispuso, pues, que pasase inmediatamente á Aviñon su hermano Luis, duque de Anjou, con el encargo de hacer los mayores esfuerzos para impedir el viage del Papa. Procedió el duque como negociador no menos hábil que celoso, y le protegieron eficazmente los cardenales que tenian unos mismos intereses; pero fueron inútiles todos los esfuerzos y artificios. Al despedirse del Papa, le dijo el príncipe: «Padre Santo, vais á dejar un reino en que florece la Religion mas que en ninguna otra parte del mundo, y os trasladais á una region donde seguramente no se os estima. Pero sobre todo reflexionad que si morís al otro lado de los montes, como es muy regular, los romanos se harán dueños del Sacro Colegio, y le obligarán á elegir un Papa que tal vez será funesto á la Iglesia.»

El Papa continuó en su proyecto, y salió de Aviñon el dia 13 de setiembre, con la

(1) Vit. Pap. tom. 1, pag. 479.

(2) Vit. tom. 1, pag. 1194.